



Los pantalones

Antonio Mercado*

Pensó que bastaba ponerle ganchos a la ropa para que no intentara volar. Tarde se dio cuenta de que no había manera de detener a unos pantalones cuando querían caminar solos llevándose además a los calcetines. Entonces corrió detrás de ellos haciendo un esfuerzo inútil por alcanzarlos. Los pantalones tienen la vocación en las piernas. Una hora después un vecino llamó indignado a su puerta. Le devolvió los pantalones que ya se revolcaban con camisetas y corbatas. Los calcetines no, ni se atrevió a preguntar por ellos.

Quiso castigar a los pantalones para enseñarle que sin ella no eran nadie, que no podían tomarse la libertad de irse corriendo solos. Por eso se los puso aunque estuvieran todavía un poco mojados. Salió a la calle y se resregó en el primer árbol que tuvo enfrente. Se sentó en la banqueta en donde estaba más sucia. De rodillas cruzó media ciudad, brincó en los charcos y se arrastró en el parque hasta ponerlos verdes. Comió y en un descuido, dejó caer sobre ellos un poco de mostaza.

Siguió así toda la tarde hasta que estuvo segura de que era suficiente el regaño. Regresó y se los quitó con todo cuidado para no estropearlos más. Los lavó casi con caricias, les puso una trampa de ganchos y fue a dormirse con la certeza de que los pantalones eran unos niños.

A media noche despertó sintiéndose culpable. Había llovido y salió a ver cómo estaban los pantalones. Se asomó con todo cuidado para no ser descubierta y la creyeran débil. Escuchó un silencio de funeraria, pero eso no quería decir que estuvieran dormidos. Poco a poco fue acercándose más y al advertir un leve ronquido, se atrevió a llevarlos adentro para acostarlos en su cama.

Se preocupó cuando tosieron y los cubrió con una cobija aunque a ella le dio frío. Ya podía dormir tranquila. En el momento de empezar a soñar, una risita cínica la despertó. Justo antes de que intentara sacarlos a patadas de la casa, se le enrollaron en las piernas y se escurrieron hasta sus brazos. La apretaron dulcemente y le pareció que la bragueta le sonreía. Terminó convencida de que los pantalones eran unos tiernos y les prometió llevarlos al día siguiente al circo **e**

*Egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM.